

SANTIAGO RAMÍREZ

**ASPECTOS
ESTRUCTURALES
EN LA
PERSONALIDAD
DEL
MEXICANO.**

ME PROPONGO presentar ante ustedes algunas reflexiones que justifiquen el por qué desde hace años, en diversas publicaciones y monografías, vengo hablando de la personalidad del mexicano. Deseo a través de estas palabras legitimar una afirmación que tantas veces he repetido con anterioridad. Frecuentemente se me ha criticado con diversos argumentos. Se ha dicho que mis generalizaciones sobre el mexicano, constituyen una extrapolación de los hallazgos de la psicología individual al campo de la sociología y la antropología. Se ha expresado también, que al hablar del mexicano es abstraer en un concepto, una realidad múltiple y compleja. Como las anteriores, múltiples observaciones críticas se han planteado una y otra vez.

Uno de los grandes descubrimientos de la psicología contemporánea gira alrededor de la siguiente premisa: La conducta siempre está motivada. La mayor parte de las motivaciones generadoras de conducta son inconscientes, pero no obstante el serlo, son capaces de ser operativas y dinámicas. Desde el punto de vista histórico, los determinantes de la conducta se gestan principalmente en la infancia; las experiencias generadoras frecuentemente se olvidan, pero la conducta y el acto son en rigor formas plásticas a través de la cual se nos muestra la historia remota del sujeto. El acto presente y la historia se validan recíprocamente en tanto se corresponden. Menninger¹ en forma concreta explica las afirmaciones anteriores, señala que durante la infancia se han grabado, como una herida en la pata de un oso las experiencias infantiles, éstas van a dejar en la edad adulta, una y otra vez, su marca; sea cual fuese la naturaleza del terreno en el cual el oso va a imprimir su huella, ésta será idéntica. Las experiencias infantiles, repetidas e ite-

radas, crean pautas de conducta perfectamente estratificadas y codificadas. Estas pautas son el resultado de la interacción entre un sujeto determinado y sus necesidades y el mundo de objetos, personas e instituciones que entran en contacto con él. Estas pautas resultan ser las más adecuadas, económicas y operantes en el momento de su generación. Una de sus características fundamentales es su solidez, resistencia y persistencia. Las circunstancias en las cuales se ha de mover e interactuar el individuo en la edad adulta pueden ser las mismas que en la infancia o por el contrario cambiar, en el primer caso la pauta estará adecuada al ambiente adulto, en el segundo las pautas entrarán en contradicción, lucha y conflicto con el ambiente y las instituciones en donde habrá de desarrollarse el sujeto. En la medida en que la personalidad se acartonada con el uso de estas estructuras defensivas y adaptativas, en la edad adulta, esta peculiar manera de ser resulta antieconómica, inadecuada y dolorosa.

Hunt² ha realizado un experimento que por su simplicidad nos permite dar validez experimental a las afirmaciones precedentes. Un grupo de ratas blancas jóvenes fue alimentado consistentemente, después del destete siempre tuvo agua y comida suficientes para satisfacer sus necesidades alimenticias. Otro grupo fue sometido a frustraciones alimenticias, la comida se le daba en forma insuficiente e irregular. Se les dió suficiente comida para mantener el crecimiento pero con gran irregularidad; los animales pasaban períodos largos sin alimentarse. Después de algunas semanas de este tratamiento tan diverso, a los dos grupos se les alimentó en forma análoga y ambos mostraron, formalmente, un comportamiento similar. La prueba de las consecuencias remotas de la experiencia infantil en la conducta adulta, se puso de manifiesto cuando ambos grupos, de nuevo, fueron sometidos a una alimentación irregular; el primero de ellos era la primera vez que se veía sometido a dicho tratamiento, el segundo grupo ya tenía un precedente de la experiencia en su historia remota. Después de esta experiencia de frustración, ambos grupos fueron probados en aparatos que permitían el almacenamiento de alimentos. Un pasadizo conducía de las jaulas al reservorio de alimentos. Las ratas que habían sido frustradas en la infancia almacenaron casi el doble de alimentos que las otras que habían desarrollado un sometimiento de seguridad enfrente de alimento. Al extrapolar dichas observaciones a la conducta humana, Hunt dice lo siguiente:

“Las tribus que emplean prácticas relativamente similares en la crianza, en el destete, en la enseñanza del control de esfínteres, etc., parecen tener personalidades típicas similares, aún cuando las condiciones geográficas en que viven les pudieran dictar tipos diferentes de personalidad. Los arapesh de Nueva Guinea son generosos, cooperativos y pacíficos a pesar de que viven en un terreno montañoso y poco fértil y de que raras veces tienen comida en abundancia. Los pitchentera de la Australia Central, son generosos y a menudo fatalmente optimistas y no almacenan alimentos a pesar de que viven en una región en donde la escasez es frecuente. Los informes antropológicos indican que estas dos tribus acostumbran ser afectuosas con sus niños. Cuando lloran les dan de mamar inmediatamente. El destete es tardío; y, al menos entre los pitchentera, se presta muy poca atención a la enseñanza de los hábitos escatológicos y no se esmeran porque los niños sean limpios. Por el contrario, los isleños de Normanby, aunque habitan una tierra en donde la comida es abundante, están dominados por el afán de almacenar grandes cantidades de alimentos, tienen grandes dificultades personales debidas a rivalidades y competencias. Alimentan a sus niños sin afecto y por poco tiempo. Los mundugumor, de la misma raza que los arapesh y que habitan en las fértiles tierras de la Nueva Guinea son arrogantes y agresivos, impacientes y sumamente pendencieros. Además los mundugumor alimentan a sus niños estando las mujeres de pie y por breve tiempo, cuando lloran les dan cachetadas y, con frecuencia, los dejan morir por descuido.” Hasta aquí Hunt.

En otro trabajo he hablado de la influencia del ambiente sobre la conducta procreativa de la mujer. El destino de la mujer en cuanto a sus funciones procreativas va a ser el resultado de la forma como la propia cultura maneja las necesidades femeninas en esta área. Señalábamos:³ “Los arapesh son un pueblo perteneciente al archipiélago polinesio. La forma de educación brindada al niño, guarda bastantes diferencias con la existente en la cultura occidental. Los arapesh son una sociedad de gente pobre, suave y trabajadora; cuando la niña llega a los seis o siete años es prometida a su futuro esposo, el cual es ocho años mayor que ella. Desde el momento del compromiso se traslada a casa del prometido, quien trabaja en compañía de su familia para mantenerla. Cuando llega la menstruación se llevan a cabo diversos ritos de iniciación, los cuales culminan con el ayuno. Durante éste, es el propio novio quien prepara a su prometida una sopa compuesta con distintas hojas de valor ritual; al finalizar el acto el novio le da de co-

mer a su amada, como si se tratara de una criatura que aún no estuviese en condiciones de tomar por sí misma la cuchara. Después de varias cucharadas la novia sigue comiendo sola; tal parece que con ello se simboliza el que ya ha adquirido suficiente fuerza. A partir de este momento la sociedad los considera marido y mujer. Cuando surge alguna dificultad entre el hombre y la mujer, el primero nunca apela a su condición masculina; se ignora la frase tan común en nuestra cultura "yo soy el hombre"; por el contrario se expresa: "Yo trabajé el sagú, cultivé el ñame, maté al canguro e hice tu cuerpo. Yo te hice crecer, ¿por qué no me traes la leña cuando te la pido?" Como se ve el hombre tiene derecho sobre la mujer, porque mediante sus sacrificios y su esfuerzo, la nutrió e hizo crecer. Durante las primeras semanas del embarazo de la mujer el marido está obligado a realizar el coito con mayor frecuencia, creyéndose que el semen alimenta y hace crecer al feto. En esa cultura las madres suelen ser muy cariñosas con sus hijos y los niños muy bien recibidos en la comunidad; la lactancia es prolongada y la relación entre la madre y el hijo está cargada de afecto. El niño mama cada vez que lo exige sin existir un horario determinado; la lactancia es prolongada hasta los dos o tres años de edad. Cuando el hijo es destetado pasa a ser atendido y cuidado por los hermanos mayores, a los cuales desde temprano, en particular a las niñas, se les responsabiliza del cuidado de los menores. Es decir, que desde muy temprana edad las niñas se identifican con sus propias madres, teniendo actitudes maternas para con sus hermanos. En la vida samoana los patrones culturales no son particularmente competitivos, se trata de un pueblo alegre y con pocas aspiraciones; la vida sexual de las niñas se inicia precozmente. Esta organización cultural tan brevemente reseñada, fue estudiada por Margaret Mead con el objeto de disipar algunas aseveraciones que se habían aceptado a priori. Efectivamente la autora fue a Samoa con la idea de investigar si lo que denominamos *adolescencia*, era un producto de modificaciones glandulares o el resultado de una organización cultural y social. Encontró que las muchachas de Samoa no sufrían la *adolescencia* en el sentido conocido en nuestra cultura occidental; es decir, que pese a una modificación glandular presente en dicha edad, la tormenta psicológica denominada *adolescencia* no existía. Fue así como logró concluir que existían determinadas situaciones vitales que eran el resultado de la cultura en que se vive y no de cambios físicos. La autora no pudo descubrir en esta cultura, esterilidad, frigidez y tampoco trastornos en la lactancia. Como dato parti-

cularmente ilustrativo afirmaremos que entre los arapesh no existe el suicidio”.

“Una cultura contrastante con la anterior es la que describió Kardiner en las Islas Marquesas. Se trata de gente fuerte, alta, hermosa y de carácter violento y orgulloso; los hombres son antropófagos y la organización cultural se está extinguiendo. La región es muy rica, pero a consecuencia de sequías intermitentes se sufren épocas alternativas de hambre. Desde el punto de vista demográfico, hay dos y media veces más varones que hembras. En una comunidad conviven el jefe de la familia con su mujer y dos o tres maridos secundarios. En comunidades más adineradas pueden convivir el jefe, su esposa principal, dos esposas más y unos once o doce hombres. Los celos no existen, en el sentido occidental de la acepción de la palabra, el jefe trata de tener una esposa hermosa que atraiga hombres a la comunidad. La mujer le sirve al hombre únicamente de objeto sexual, es muy apreciada y muy odiada por la gran dependencia sexual que el varón tiene para con ella. La mujer para satisfacer al marido principal y a los múltiples secundarios, tiene que renunciar a sus necesidades maternas. El período máximo de amamantamiento es de cuatro meses, quedando el niño, después, al cuidado de los maridos segundones. La adopción es muy frecuente y se practica en esta forma: cuando un jefe de familia poderoso tiene interés en adoptar un niño lo puede pedir a cualquier comunidad doméstica donde haya una mujer embarazada. No satisfacer esta petición es una ofensa que trae aparejadas crueles venganzas entre ambas comunidades. Por todo ésto, la madre, aún antes de tener a su hijo, ha de renunciar totalmente a él”.

“En resumen, la mujer en el aspecto sexual se encuentra en una situación de privilegio frente al hombre; desde el punto de vista social en un plano de igualdad casi absoluto pero privada del goce de la maternidad por perder prácticamente a sus hijos pocos meses después del nacimiento; no puede amarlos ni recibir cariño de ellos. La consecuencia de todo lo anterior son: rechazo del embarazo en prácticas anti-conceptivas, y baja natalidad. La mortalidad entre las embarazadas y parturientas es más alta que la que podría explicarse como consecuencia de la falta de higiene. La gravidez simulada, pseudociesis, es particularmente frecuente en las Islas Marquesas. En la mitología folklórica hay dos tipos de personajes: los *fanauas* y las *vehinihai*. Los primeros son hombres que murieron al servicio de la mujer; si ésta quiere mal a una rival, le manda sus *fanauas* para que le destruyan el feto en

su interior (explicación mágica del por qué las pseudociencias no culminan en embarazo real) o para que la mate en trabajo de parto. Las *vehinihai* son mujeres salvajes, destruyen y roban fetos y se apropian de los niños pequeños para comérselos”.

“El hombre sufre de niño, en la cultura marquesa, iguales privaciones orales que la niña y de adulto tiene para con la mujer una dependencia sexual tan intensa que la obliga a odiarla. En los cuentos folklóricos como señalábamos, aparecen las ogresas, mujeres disfrazadas de jóvenes hermosas, que amenazan comerse al hombre, a menos que éste les de satisfacciones sexuales permanentes. En las Islas Marquesas la homosexualidad entre los hombres es habitual, pero caracterizada por prácticas de felacio y no por coito anal; el suicidio es un fenómeno conocido y común”.

“En Samoa donde la niña es bien tratada, bien alimentada, el embarazo es recibido con gusto. En las Marquesas, por el predominio de sujetos del sexo masculino, la maternidad es considerada como algo no deseable y molesto. Es evidente que los resultados bien pronto se harán sentir. En una y otra cultura la mujer responde de acuerdo con las demandas que la misma le hace: fecundidad en un caso y esterilidad en el otro”.

“Este material antropológico, más otro que no es citado, hace que Mead exprese: “. . . Muchos, si no todos, de los rasgos de la personalidad que llamamos masculinos o femeninos, se hallan tan débilmente unidos al sexo como lo está la vestimenta, las maneras y la forma de peinado que se asigna a cada sexo, según la sociedad y la época”.

Hasta ahora hemos visto como en la psicología animal se puede crear experimentalmente una determinada forma de conducta, con pautas específicas, cuando se somete al animal a un específico tipo de estímulos. La antropología cultural nos muestra en culturas relativamente sencillas como la manera como son tratadas las necesidades básicas desde la infancia va a condicionar los estilos de vida y de interacción social en la edad adulta.

En organizaciones culturales más complejas, cuando la presión del impacto ambiental es suficientemente fuerte, o bien cuando éste es iterado y consistente determina una manera de ser, definida y constante, que es a la que Kardiner ha llamado “personalidad básica”. El propio Kardiner ha estudiado a través de técnicas psicodinámicas las características del negro norteamericano. Su material incluye negros de diferen-

tes estratos sociales, pero que sin embargo han sido sometidos a un denominador común: la discriminación. Los resultados de su estudio en colaboración con Ovesey fueron descritos en su libro "La Marca de la Opresión".

Existen suficientes constantes en la estructura familiar del negro en Norteamérica, constantes derivadas de la posición que le ha hecho asumir el blanco, como para haberse determinado una personalidad básica, la cual a pesar de las diferencias individuales, se manifiesta abrupta y definidamente.

La familia del negro en Norteamérica, desde la esclavitud hasta la actualidad, por razones históricas definidas, se caracteriza por la prevalencia de la figura de la madre sobre la del padre. En los tiempos de la esclavitud la mujer fue más valuada que el hombre por su doble posibilidad de objeto sexual para el blanco y de nana para los hijos de las familias colonizadoras. Este estado de cosas sigue subsistiendo y determina efectos bien palpables hasta nuestros días. Kardiner así define la constelación de la familia⁴:

"La desintegración de la unidad familiar, antes de que el individuo llegue a los 16 ó 20 años de edad, es frecuente, y en muchos de los casos en que la familia permanece intacta, el padre la abandona bien antes de que el niño nazca o dos o tres años más tarde... La suerte del hijo cuando el padre abandona el hogar o muere es muy incierta. El nuevo matrimonio de la madre, por una o dos veces, pone al niño en contacto con hermanastros que casi invariablemente tratan al recién llegado con hostilidad... Estos padres por delegación resienten, comprensiblemente, la nueva carga económica. Los niños tienen constantemente conciencia de que no se les quiere, o que con mucho se les tolera, y a cambio del cuidado que se les da se espere que sean obedientes y serviles".

La familia del negro en Norteamérica es básicamente una familia de tipo uterino, en la que el padre, desarticulado de su cultura original y no incorporada a la actual, habitualmente abandona el hogar creando condiciones bien peculiares que luego habrán de manifestarse en la personalidad del negro adulto.

En el centro del esquema de adaptación del negro norteamericano se encuentra la baja autoestima y en forma reactiva la agresión. El resto de su conducta son maniobras con estas constelaciones principales para evitar su manifestación.

Al referirse Kardiner a los efectos del hogar deshecho señala: "Al analizar el hogar roto como una de las expresiones de la personalidad del negro, al parecer cometemos el error de utilizarlo, a la vez, como causa y como efecto. Esto no es un error. Es la clase de ciclo cuya existencia se puede demostrar fácilmente en cualquier cultura. En Alor empieza por el descuido materno, y podemos descubrir los efectos de éste en el individuo, de tal manera que cuando la niña se convierte en madre hace lo mismo; descuida y rechaza a sus hijos. Esto no es pura imitación, de ninguna manera, sino el resultado de un proceso integrativo".

"El hogar desecho característico de las familias de la clase inferior se atribuye muy comunmente a las precarias condiciones económicas en que viven las familias. Esta afirmación no carece de verdad, pero sí es incompleta. No hay un sólo factor que pueda determinar por sí solo un producto final tan complejo como lo es el hogar roto. Este es la culminación de la operación de un gran número de factores cada uno de los cuales suma su eficacia a la fuerza de los demás".

"Comencemos arbitrariamente en aquel punto del ciclo en que el padre abandona a su esposa y a sus hijos. Superficialmente, esto se puede explicar con facilidad diciendo que el padre no tiene responsabilidad y como éste es un rasgo muy reprehensible, sobre el varón negro cae lo más pesado de la acusación. Además, como éste se considera, generalmente, que es un rasgo de carácter del negro —supuestamente, de origen racial— al parecer ya no hay nada más que decir. Pero nuestras investigaciones de la personalidad no apoyan esta trillada conclusión".

"Las más de las veces, el padre que abandona a sus hijos, fue a su vez producto de un hogar desecho. Lo que quiere decir que nunca contó con el cuidado paciente de un padre, al cual, de niño pudiese acudir en busca de protección y convertir en ideal. Por el contrario, generalmente se hizo cargo de él un padrastro que lo trató cruelmente; por lo común, también rivalizó violentamente con sus hermanastros y salió perdiendo. La madre cuando se preocupó por él, tuvo que trabajar, se mostró generalmente irritable y exigió obediencia inmediata. Nunca recibió un cuidado tierno y afectuoso. El resultado de todos estos factores es que creció con una pobre idea de sí mismo y se acostumbró a no esperar nada más que frustraciones de su madre y sus hermanos; no confió en nadie y su capacidad de afectividad cooperativa quedó gravemente dañada. A esto se suma el que no creció formán-

dose un ideal muy elevado de la masculinidad, repetidamente menospreciada por sus parientes femeninos, que sin menor duda fueron los soportes de su vida”.

“Aquí, observamos que otro factor contribuye a hacer el mayor daño. La imagen de la madre no es un símbolo de afecto y amor; pues es dura y exigente; la mujer es la persona a la que se ve condenado a obedecer sumisamente, contrariamente al ideal aceptado por lo común. Esto echa a perder su actitud sexual. Quizá el resultado no sea una grave perturbación sexual, como es la impotencia. Pero sin duda se formará en él una actitud turbada, suspicaz, recelosa. Cuando se casa sabe que la mujer tiene mucho mejores oportunidades económicas que él. Luego, su posición en el hogar se ve perjudicada por su disposición a someterse a la mujer, en nuestra sociedad en que predominan los hombres”.

“Con esta preparación se casa, por lo común, obedeciendo a un impulso. Ni él ni su esposa están preparados para tolerar las incompatibilidades mutuas. Luego vienen las vicisitudes de su trabajo. Cuando encuentra empleo casi nunca es permanente, ni dura largos períodos. O bien tiene que irse a otra ciudad a buscar trabajo. Se esfuerza, y muchas veces lo hace con ahinco, en cumplir sus obligaciones. Pero no puede y fracasa repetidamente. En este momento la esposa descontenta comienza a rebajarlo y a humillarlo —y a menudo le propone que se vaya— o bien, al final de una larga historia de esfuerzos frustrados decide abandonar el hogar”.

“El antagonismo que existe en el hogar roto se debe principalmente a la incapacidad que muestran ambos conyuges para mantener la relación continuada. Por lo general, hay miedo y recelo en los dos”.

Esta es la *Marca de la opresión*, suma de impactos continuados, esfuerzos tenaces condenados a la derrota y el fracaso, intentos de reparación siempre muertos al nacer, todo ésto y mucho más constituyen los ingredientes, que Kardiner y Ovesey califican con la designación de la marca de la opresión. Claro está que tan acartonados impactos, van a crear una personalidad acartonada y dañada; fuertemente dañada; de allí el intento del negro de elevar su autoestimación con el uso de cosméticos, colores chillantes y entrega mágica a los estupefacientes y a la lotería. Hablar de racismo y genética en este largo proceso es una técnica más del blanco para hacer prevalecer su condición opresora.

Muy intencionadamente, he tratado de acumular datos para defender mi tesis, a saber: en la vida del mexicano existe —como en la de las ratas, el samoano, el marqués y el negro— impactos actuales, determinandos históricamente y repetidos en el presente, susceptibles de poder defender una personalidad básica, sin que para ello importen, ni las circunstancias sociales, ni las diferencias geográficas. El impacto de la conquista, la desarticulación de la estructura cultural indígena prevalente, son de tal manera poderosa que justifican, y con mucho, para definir una personalidad básica en el mexicano.

Desarticulación cabal de las formas anteriores del ser, decapitación del padre sin una realidad suficiente y concreta que la sustituyese, de aquí el drama de la conquista. Sin cabeza de identidad masculina, el mexicano pasó a ser en su propia atmósfera geográfica y a pesar de su abrumadora mayoría —en el año de 1570, seis mil europeos y tres millones y medio de indígenas— un grupo cabalmente minoritario marcado por un signo de peculiar opresión.

León Portilla⁵ nos señala la pérdida desoladora de nuestras vinculaciones:

Tal vez a nuestra perdición, tal vez a nuestra destrucción es a donde seremos llevados.

(Más) ¿a dónde deberemos ir aún?

Somos gente vulgar,

somos perecederos, somos mortales,

déjennos ya perecer,

puesto que ya nuestros dioses han muerto.

(pero) tranquilícese vuestro corazón y vuestra carne,

¡Señores nuestros!

porque romperemos un poco,

ahora un poquito abriremos

el secreto, el arca del señor, nuestro (dios)

Vosotros dijísteis

que nosotros no conocemos

al Señor del cerca y del junto,

a aquél de quien son los cielos y la tierra

Dijísteis

que no eran verdaderos nuestros dioses.

Nueva palabra es ésta,
la que habláis,
por ella estamos perturbados
por ella estamos molestos.
Porque nuestros progenitores,
los que han sido, los que han vivido sobre la tierra
no solían hablar así.

Hemos señalado en otras ocasiones que el panorama del mundo que se inició en el siglo XVI⁶, “lleva el signo del conflicto y de la tensión social. Un grupo pequeño y homogéneo en intereses e ideología va a dominar a vastos sectores sociales a los que no comprende y no toma en cuenta”.

“La valoración que el español hizo de la mujer indígena fue negativa; él apreciaba sus protoimágenes en todos los órdenes, lo que había dejado al otro lado del Atlántico y no encontraba en la tierra de Conquista”.

“La paridad masculino femenino, activo pasivo, conocida en otras culturas, toma en la nuestra, aspectos sobresalientes y dramáticos. La mujer es objeto de conquista y posesión, violentas y sádicas, su intimidad es profundamente violada y hendida”.

“El mestizo va a equiparar paulatinamente una serie de categorías: fuerza, masculinidad, capacidad de conquista, predominio social y filiación ajena al suelo, van a cargarse con un fuerte signo masculino. Debilidad, femineidad, sometimiento y fuerte raíz telúrica son rasgos femeninos e indígenas”.

La imagen que el niño mestizo se debió formar de la organización familiar, debió de ser bien peculiar. “Por una parte, el padre mantiene poco contacto con él, por la otra le niega las identificaciones masculinas a las que el niño aspira, diferencia de la familia del negro norteamericano, aquí, si bien es cierto que el padre está ausente y la familia también es de naturaleza uterina, la figura masculina es fuertemente admirada.

En trabajos anteriores⁷, R. Parres y el autor, han revisado las pautas dinámicas en la organización de la familia mexicana. El material para ese estudio, se obtuvo de la investigación de quinientas familias elegidas al azar, de 10,000 historias del Hospital Infantil en la ciudad de México, así como del estudio de 135 familias, elegidas también al

azar de un grupo de 2000, pertenecientes a áreas proletarias y urbanas.

En el 65% de los casos, la familia estaba integrada por una unidad biosocial, padre, madre e hijos. En el 35% de los casos, la familia está integrada por esta unidad biosocial y otros parientes. En el 32% de los casos el padre está ausente físicamente y la mujer, carece de esposo. El dato estadístico es solamente un bosquejo de lo que realmente pasa, ya que aunque el padre pueda estar físicamente presente, desde el punto de vista psicológico virtualmente es una figura ausente.

En una investigación realizada por E. Rincón y el autor hace años⁸ en familias de soldados mexicanos encontramos que para cada hogar constituido por una madre y un número X de hijos había un promedio de 2.3 padres, es decir que con frecuencia el padre se había contentado con gestar al hijo y vivir un corto tiempo con él y la madre; más tarde surgía otro padre responsable del nacimiento del siguiente hijo; ulteriormente seguía la misma línea de conducta que el anterior; es decir que estos niños tras de haber carecido de un padre presente, constante y protector, tenían que cargar con un eventual padrastro que no venía sino a ratificar las características negativas del verdadero padre.

Piénsese en el drama de este niño, que en diferentes proporciones cuantitativas, se da en diversas clases sociales: una madre que carga una fecundidad exuberante y unos hijos que no tuvieron más protección real que la esporádica y duradera en tanto fueron lactantes. En actos antisociales, estos niños reivindicarán contra todo aquello que simbolice al padre. Mucho se ha hablado del origen económico de tales actos antisociales, pero en su motivación interviene algo más que el simple factor económico; entre sus ingredientes se expresa la fuerte hostilidad hacia el padre que abandona y daña.

Estudiando el momento del abandono del padre hemos encontrado que éste coincide en el 70% de los casos, con la preñez de la madre.

El cuidado y contacto que la madre le brinda al niño es intenso y cercano. Estadísticamente hemos encontrado en nuestro material que el 94% de las madres alimentan al niño al pecho. La alimentación se realiza sin horario y es regulada por las exigencias del niño. La duración de lactancia al seno es de 11 meses y medio. La nueva preñez de la madre fue la causa del destete en el 70% de los casos.

Se pueden sintetizar en tres, las tendencias dinámicas básicas de la familia del mexicano, susceptibles todas ellas de condicionar el destino ulterior de la estructura endopsíquica y las relaciones de objeto:

1. Intensa relación madre hijo durante el primer año de la vida; básica, integrativa, sustancial y probablemente explicativa de la mayor parte de los valores positivos en la cultura.

2. Escasa relación padre hijo; con fuerte ambivalencia hacia el mismo; intensos deseos de asumir sus supuestos y reales roles de identidad y a la vez intensa hostilidad por la frustración al logro real de dichos roles.

3. Ruptura traumática de la relación madre hijo, antes del nacimiento del hermano menor.

Cuando el niño mexicano se hace hombre, tan sólo encuentra seguridad repitiendo la conducta de su padre en la relación con su esposa e hijos y agrediendo contra todo aquello que simbolice su interacción primitiva en relación con su progenitor. En todo momento afirmará aquellas seudoidentificaciones masculinas que teme perder, hará alarde de ellas y ante cualquier duda al respecto surgirá la agresión y el delito.

La adecuada integración y estructuración de la familia exige como requisito básico la presencia de un triángulo. Mientras más equilibrado sea, más potencialidades de logro y realización. Logro y realización privados de tensión y conflicto. Las estructuras del mexicano son fuertemente binarias, no triangulares. De esta condición peculiar, determinada históricamente y reactivada por causas socioeconómicas se deriva y da validez a una tesis, a saber, la existencia de una personalidad básica en el mexicano. Esto de ninguna manera implica la ausencia de rasgos diferenciales, tan sólo señala la presencia de un común denominador, de una estructura sobre la cual se edifica la personalidad diferencial y específica. Todo intento de planificación dirigido a un cambio, deberá tomar en cuenta éstas condiciones estructurales, para poner en juego recursos que las modifiquen.

REFERENCIAS

1. Menninger, K.: *Teoría y Técnica del Psicoanálisis*. Editorial Pax. México, 1960.
2. Hunt, J. Mc V.: "The Effects of Infant Feeding-Frustration upon Adult Hoarding in the Albino Rat", *J. Abnorm. Soc. Psyc.*, 1941, 36, 338. 60.
3. Ramírez, S.: *Esterilidad y Fruto. Psicología de la Función Procreativa*. Editorial Pax. México, 1962.

4. Kardiner, A. Ovesey, L.: *La Marca de la Opresión. Estudio psicosocial del negro. Norteamericano.* Editorial Universidad Veracruzana. México, 1962.
5. León Portilla, M.: *La Filosofía Nahuatl. Estudiada en sus fuentes.* Ediciones especiales del Instituto Indigenista Interamericano. México, 1956.
6. Ramírez, S.: *El Mexicano. Psicología de sus Motivaciones.* Tercera edición Editorial Pax, México, 1961.
7. Ramírez, S. y Parres, R.: *Some Dynamic Patterns in the Organization of the Mexican Family.* The International Journal of Social Psychiatry. Vol. III, No. 1, 1957.
8. Ramírez, S. y Rincón, Ma. E.: *Investigación confidencial acerca de las condiciones sociales de 100 familias de soldados del 24 batallón de Infantería.* México.